

Verdaderas máquinas de guerra: la conformación del soldado argentino en *Croquis y siluetas militares* de Eduardo Gutiérrez

Franco Ezequiel Pozzo¹

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

francopozzo98@gmail.com

Resumen

La segunda mitad del siglo XIX en Argentina aparece como un momento de marcada modernización que incluye la incipiente organización del ejército nacional. En este contexto, se produce una velada disputa por el sentido y la conformación del cuerpo del soldado, así como por los modos de su incorporación a un cuerpo mayor, el cuerpo del ejército, de la que participa el escritor Eduardo Gutiérrez con su *Croquis y siluetas militares* (1886). En este trabajo, abordaremos algunos de los relatos dedicados a la guerra del Paraguay (1864-1870), ejemplos paradigmáticos de una escritura que, atravesada por la ley militar, produce al soldado separando al hombre de su propia humanidad. Explicitada y reiterada, la imagen metonímica de la máquina se convierte en el lugar donde la especificidad del ser humano queda sepultada. Instancias homogenizantes como el uniforme y la pérdida del nombre propio juegan aquí un rol crucial, ya que es a partir de ellas que la escisión se vuelve operativa.

Palabras clave: máquina; soldado; cuerpo; nombre propio; uniforme

El soldado como máquina de guerra

Mi proyecto de investigación parte de pensar el cuerpo del soldado argentino, más concretamente el problema de su constitución alrededor del acontecimiento bélico de la Guerra del Paraguay (1864-1870). En Argentina, la segunda mitad del siglo XIX es un momento de marcada modernización donde la innovación técnica coincide con la incipiente organización del ejército nacional. En este contexto, proliferan una serie de narraciones que, ante la falta de consenso, postulan cómo debe ser el cuerpo del soldado. Mi premisa básica es que escribir *sobre* el soldado implica un deslizamiento proposicional. Se vuelve, al mismo tiempo, escribir *al* soldado: darle cuerpo, delinear su contorno, capturar su silueta. De esta manera, la propuesta consiste en rastrear una serie de escrituras que, performativamente, moldean la especificidad del cuerpo del soldado en su relación con la expresión más amplia, siempre homogenizadora, de ‘cuerpo de línea’. Se trata de un proceso no exento de tensiones, ambiguo y paradójico. En estos textos, los rituales de la ley militar escinden al hombre de su propia especie. Una de estas escisiones se produce a partir de la imagen metonímica de la máquina. En dicho cruce el soldado

¹ Franco Pozzo es estudiante de la Licenciatura y el Profesorado en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es adscripto a la cátedra de Literatura Argentina I “A”, donde desarrolla el proyecto “Cuerpos infrahumanos: inflexiones de lo militar en la Guerra del Paraguay” con la dirección de la Dra. Lara Segade.

deviene autómatas, pierde tanto su voluntad como su individuación. En definitiva, pasa a formar parte de una maquinaria que lo excede.

Propongo, sobre todo, dos líneas teóricas. La primera es la esbozada por Benedict Anderson en *Comunidades Imaginadas*. Allí, Anderson señala que las comunidades “no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por *el estilo* con el que son imaginadas” (24: 1983). La escritura funciona en estas textualidades del XIX como el espacio privilegiado para materializar una imaginación sobre el soldado. Ahora bien, lo que tienen de afirmativos estos textos en la constitución del “sujeto soldado” a través del estilo, no deja a su vez de registrar una pérdida. Esta tensión se relaciona directamente con las reflexiones de Michel Foucault (2020) sobre las técnicas del poder, en el doble plano de la anatomopolítica, de faz individualizante y la biopolítica, de rasgo especificante. En esa gran organización biopolítica que supone la captación de cuerpos para la guerra, lo que se configura es un *bios* militar que parte del cuerpo del individuo para ir más allá. A la manera de Foucault, entonces, es posible rastrear en estos textos cómo el poder actúa positivamente. No sólo construyendo u operando una represión, sino más bien generando una subjetividad maquínica donde lo humano se vuelve opaco, difícil de reconocer.

Ya que de siluetas se trata, me pareció oportuno abordar en esta oportunidad dos textos presentes en *Croquis y siluetas militares (1886)* de Eduardo Gutiérrez: “Luis María Campos” y “El soldado de línea”. En estos textos la imagen de la máquina se vuelve explícita, autoconsciente: el narrador, cuya mirada se desplaza ubicuamente por las entrañas del ejército, parece a un mismo tiempo celebrar la proeza de su realización como lamentar su consumación. Así, en el texto homónimo, se alude a Luis María Campos como “una verdadera máquina de guerra, de acciones precisas y dadas, de las que no es posible discrepar” (Gutiérrez, 2001: 78). La narración de la foja de servicios de este “oficial modelo” del ejército argentino está precedida por esa aclaración. Las acciones bélicas se agencian del lado de lo maquinal, según una lógica de autosuficiente transparencia (lo “dado” y lo “preciso”) pero, también, arrastrando una ambigüedad. La imposibilidad para discrepar alude, en un principio, a la irreprochabilidad de las acciones del oficial. Simultáneamente, no obstante, traza una axiología: la máquina –o sea: el soldado– no duda porque *no puede, no sabe, discrepar*.

De ahí que la mayor virtud bélica apuntalada por el narrador sea la mera presencia, el haber estado siempre, no faltar jamás. El de Luis María Campos es, entonces, un cuerpo que se funde en el entorno y las tecnologías (Foucault, 2020) de la guerra gracias a ese don de la asistencia perfecta. En esa imbricación su individualidad queda desdibujada: “Luis María Campos formó su reputación con el filo de su espada y la importancia de sus servicios. Las charreteras de general están pegadas sobre la sangre de su cuerpo y los jirones de su carne” (Gutiérrez, 2001:

79). Por fuerza de la contigüidad con el arma –la espada–, pero también las charreteras propias de su uniforme, Luis María Campos se va metalizando; el lugar que le queda a la carne es apenas el de un jirón, un resto degradado de ese cuerpo humano que ha perdido su noción de conjunto para reconfigurarse en los términos del campo de batalla.

Con todo, la silueta de Luis María Campos emerge con relativa estabilidad. Su cuerpo pertenece al conjunto más vasto del ejército, pero su nombre propio, si bien sólo es destacado como ejemplo paradigmático de la vocación militar, resulta de todos modos recuperado y delimitado con precisión por el narrador; su procedencia se deja en claro y el lector asiste punto por punto a los combates más álgidos de su foja de servicios. Aún cuando de su cuerpo se destaque el brillo y el fogaño de sus ojos, en el texto se reponen una historia y una genealogía personales. “El soldado de línea”, en cambio, traza las penurias de un genérico soldado raso en la vida de fortín. El nombre propio se constata sustraído, si aparece es para designar campos de batalla o reconocidos héroes patrios. En contraste, la identidad queda subsumida en la pertenencia al regimiento. El texto desarrolla entonces una paradoja crucial: reclamar el reconocimiento del soldado manteniendo, sin embargo, la propia estructuración de ese cuerpo como anónimo.

En los términos del texto, el soldado de línea es “modelo de la abnegación militar, llevado hasta el último límite” (Gutiérrez, 2001: 256). El valor de la abnegación usurpa el lugar de la carne y las apetencias corporales. La imperturbable omnipresencia de Campos se lleva acá hasta el paroxismo, exhibiendo empero un revés ideológico. Si en la silueta de Campos lo que predomina –aunque, como vimos, con matices– es el tono laudatorio, en este croquis general de la vida en campaña lo que irrumpe es la contracara denunciante de esa hipérbole, la faceta irreversible del automatismo del soldado: “Para él, todo es lo mismo, porque de todos modos sufre, en la paz como en la guerra, en la frontera como en la ciudad” (Gutiérrez, 2001: 257).

Esta indiferenciación de espacios, que espeja sobre la indistinción genérica del soldado, da cuenta de un alejamiento de lo humano que el texto reitera con cierto grado de autoconsciencia. Así, leemos, por ejemplo:

Es que el soldado se ha sobrepuesto al hombre; la voz de la patria habla a su corazón más alto que la de todo otro sentimiento y su espíritu abnegado lo lleva hasta salvar a San Martín en San Lorenzo, o arrancar a Dantas de las trincheras de Curupaytí, no porque fuera Dantas sino porque llevaba la bandera del 2 de línea (Gutiérrez, 2001: 258).

Me interesa destacar dos cuestiones que retoman las tensiones ya comentadas de “Luis María Campos”. Por un lado, una vez más, el alejamiento del soldado con respecto de su humanidad. El significante de la patria borrona toda corporalidad específica, reduciendo a los combatientes a un espíritu que es pura abnegación y por eso puede estar, al mismo tiempo, en las

Guerras de Independencia y combatiendo a Paraguay en *Curupaytí*. Por otra parte, el símbolo de la bandera da cuenta de otro tipo de materialidad que se vuelve relevante. El signo contenedor de la pertenencia al regimiento, la bandera del 2 de línea, es más importante que el propio Dantas, que en todo caso debe ser salvado por su calidad de portador de ese elemento que nuclea y otorga cohesión al cuerpo militar. Resuenan aquí las charreteras de Luis María Campos imbricadas en los jirones de su carne. Esta noción de condensación se lleva adelante en el texto hasta sus últimas consecuencias, tal como puede leerse en su escena final:

Su familia, su orgullo, su porvenir y vergüenza misma están en el número de su quepis, llegando hasta esta sublimidad que oímos a un soldado del 2 de caballería, en un momento de inmensa desventura:

[...] ¡Si yo no fuera del 2 de caballería me desertaba!”

Un soldado del 2 no podía cometer un delito tan vergonzoso y el solo respeto a su número lo había contenido (Gutiérrez, 2001: 260).

¿Esto es un hombre? Lo militar como segunda naturaleza

Ya sean las charreteras o el quepis, en el soldado disciplinado la identidad se afianza en el uniforme. Ambos textos están atravesados por un proceso de asimilación donde el cuerpo, precisamente, se uniformiza. Como si en el proceso de vestir las marcas del regimiento, se registrara a su vez una pérdida de cada especificidad para devenir pieza maquinal de este cuerpo más amplio al que pertenece el soldado de línea, como se expresa en el genérico artículo indeterminado que insiste en el texto de Gutiérrez. Que el referente de “El soldado de línea” pueda ser cualquier soldado da cuenta de esta intercambiabilidad entre los elementos, esta generalidad subjetivadora que recorre la enunciación.

En “Luis María Campos” y “El soldado de línea”, entonces, el ejército se corporiza, paradójicamente, en estas marcas de uniformización que borronean la especificidad del cuerpo del soldado. Gutiérrez vuelve operativa esa contradicción y la aproxima a la imagen de la máquina. La semántica del soldado como máquina señala una eficiencia que, más que su capacidad para matar, parece destacar la posibilidad de que dar muerte se vuelva una labor *serial*. Señala también una cosmovisión particular sobre la guerra, ahí donde da cuenta de un sistema específico de organización nacional. Juan Bautista Alberdi, en un texto en las antípodas ideológicas de Eduardo Gutiérrez y contemporáneo a la Guerra del Paraguay denominado *El crimen de la guerra*, plantea la cuestión de la siguiente manera:

La guerra tiene su economía política peculiar y propia. Ella sabe poblar a su modo, instruir a su modo, producir a su modo y comerciar a su modo. [...] La economía política de la guerra, fomenta la riqueza de la nación en cuanto es necesaria a la vida del ejército, como el cultivador de flores parásitas cuida con

esmero la vida de los árboles que las sustentan, no por el árbol sino por sus parásitos (Alberdi, 1920: 38).

La imagen es más agrícola y menos tecnológica que la de Gutiérrez, pero subyace en ella un principio explicativo similar: postular la lógica de la parasitación, sostener la dualidad como condición indispensable para la guerra. La vida del ejército, su ramificación, emerge como una segunda naturaleza que se aprovecha de los árboles, vale decir de los hombres, para albergar un principio biológico que introduce una vacilación y ya no puede considerarse meramente humano.

Referencias bibliográficas

Alberdi, Juan Bautista. 1920. *El crimen de la guerra* en *Obras selectas*, t. XVI. Buenos Aires: Librería "La facultad" de Juan Roldán.

Anderson, Benedict. 1983. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Mexico: Fondo de cultura económica.

Foucault, Michel. 2020. "Derecho de muerte y poder sobre la vida", en *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gutiérrez, Eduardo. 2001. "El soldado de línea" y "Luis María Campos" en *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires: Emecé.